10.2/6534

Periódicos

y

periodistas

31-8-40

Centro Republicano B. Aires

PALABRAS PRELIMINARES

NO tengo la pretensión de dictar una lección sobre periodismo. Ya será bastante si acierto a recoger algunas impresiones sueltas de lo que yo he visto en el periodismo, unas veces como obrero modesto de esa gran industria moderna, otras como simple lector de periódicos. Impresiones y reflexiones sin trascendencia. Me permitiré exponer algunos juicios personales sobre periódicos y periodistas que he conocido. Y si hablo de mí no es por creerme un personaje importante, sino porque me resulta más fácil abordar de ese modo la cuestión.

La gente de mi generación despertó a las preocupaciones de la calle en 1909, entre los ecos de la guerra del Rif y las llamaradas de la semana trágica de Barcelona. Se comprende que viéndome necesitado de trabajar muy joven, encontrase el mundo que me rodeaba lleno de injusticia y de dolor. Mi vocación ingenua no fué de periodista, sino de evangelista ante los males de la patria, aunque ya se sabe que los evangelistas fueron los precursores del periodismo. En cierta forma, "nuestros queridos compañeros de redacción" descienden de San Marcos y San Mateo.

PRIMEROS PASOS EN EL PERIODISMO

En Alicante, donde yo vivía entonces, había, en aquella época, 16 periódicos diarios, todos ellos pobrecitos, pequeños, faltos de noticias y llenos de artículos. Algunos jóvenes pensamos que en una ciudad donde había 16 diarios podría haber igualmente 17. Precisamente faltaba un periódico republicano contemporáneo. Así nació "El Luchador", de Alicante, el año 1911. Para dar idea de cómo vivía entonces un diario, podría citar tres anécdotas que caracterizan el ambiente, su confección material y su administración. En cuanto al ambiente, el periódico debía tener su salida al anochecer, pero siempre lo hacía bastante entrada la noche, hasta el punto de que cuando ya estaban todas las puertas cerradas, a las diez de la noche, se oían unos aldabonazos en las puertas y una voz retumbante que anunciaba a las sorprendidas familias: "El Luchador". Fué llamado el periódico del "susto". En cuanto a su confección material, las erratas de imprenta, que siempre fueron la salsa de los periódicos políticos, nos hizo un día decir, al notificar de una comisión de la ciudad de las palmas (así se llamaba a la ciudad Elche), había visitado al gobernador civil, que "una comisión de la ciudad de los pelmas" había efectuado la mencionada visita. Y en cuanto a su administración, ésta, en manos de un hombre que llevaba a su cargo todos los gastos, hacía que las suscripciones bajaran a la última expresión por dar de baja a todo aquel con el que mantenía diferencias personales, políticas, etc., manejando la distribución con un criterio personalísimo.

"EL PUEBLO", DE VALENCIA

Mis campañas políticas en "El Luchador", sin lograr grandes venturas a mis semejantes, me llevaron a mí a la cárcel, y por el año 16 al destierro, que cumplí en Valencia. Allí entré en la redacción de "El Pueblo". Aquella redacción estaba como embrujada de historia, de recuerdos vibrantes, de luchas levantinas. Se revivía en ella la epopeya blasquista. Como esos protagonistas invisibles que no salen a escena pero que determinan la acción de los otros personajes de un drama, así continuaba interviniendo misteriosamente Blasco Ibáñez en la vida del periódico fundado por él. Era el año 16, en plena guerra europea. Blasco Ibáñez, que había regresado de su aventura colonizadora en Río Negro y vivía en París, había vuelto a escribir, poniendo su pluma generosamente al servicio de la causa aliada. ¡Con qué emoción recibieron los lectores de "El Pueblo" las nuevas crónicas del maestro! Se titulaban las dos primeras que envió "París ríe" y "París canta". Yo guardé las cuartillas originales, que no hace mucho tiempo, en el destierro, entregué como una reliquia familiar a Libertad Blasco, la hija del gran escritor.

El periódico lo dirigía por aquel entonces un periodista de singular mérito, Félix Azzati, brillante polemista político, con una audacia de expresión y un brío de lenguaje maravillosos. En "El Pueblo" escribía desde los tiempos de Blasco Ibáñez otro gran periodista: Roberto Castrovido. ¡Qué lástima que su prosa rica, jugosa, castiza, vibrante, tuviera sólo el fugaz destino de un día! Castrovido, que escribe con la pluma de Larra, dedicó toda su labor al periodismo. Siempre se resistió a reunir sus artículos en libro. Sus crónicas parlamentarias comentando el debate sobre el proceso Ferrer, sus siluetas periodistas de los políticos de la Restauración, el artículo que escribió cuando murió don Carlos de Borbón, algunas crónicas madrileñas y otros artículos de costumbres, con centenares de trabajos más, son obras maestras de la literatura periodística. Castrovido es gloria y honor del periodismo republicano español, no sólo por sus talentos de escritor sino también por sus virtudes de hombre. Decir Castrovido en España es decir honradez y sencillez y bondad. Es, sin embargo, un "rojo" que vive desterrado en México.

EL PERIODISMO EN ESPAÑA

Yo no he creído nunca en las Escuelas de Periodistas, con matrículas, cursos, notas y títulos de licenciados o doctores en artículos y gacetillas, y sostengo que la mejor escuela de nuestro oficio es un diario provinciano.

Hubo uno que era, en mi opinión, el mejor diario que se publicaba en España. Me refiero a "El Liberal", de Bilbao, que dirigía Indalecio Prieto. Tribuno, orador, político de extraordinaria personalidad, gobernante de talla, Prieto, es, sobre todo, un gran periodista. Sus impresiones parlamentarias, sus crónicas de guerra cuando el desastre de Annual, aquella deliciosa serie de apuntes que publicó durante la Dictadura, con el título de "Ocios de un político", lo acreditan como uno de los mejores periodistas de nuestros tiempos. Prieto había dado unidad y tono a su periódico, como quizás no lo tenía ningún otro en España. Había hecho de "El Liberal", de Bilbao, un diario muy vivo y completo, uno de los mayores aciertos periodísticos de España, donde la prensa en general ha pecado de fría, difusa, incoherente. Creo que en España hemos tenido buenos periodistas que salvo excepciones, no han sabido hacer buenos periódicos. Por contraste con la prensa extranjera, principalmente francesa e italiana, la prensa española de aquella época me parecía una prensa a medio hacer, incompleta, sin unidad.

El periodismo español de hace veinte años descuidaba su técnica periodística, renunciaba a ser periodismo, y por ello mismo perdía eficacia como instrumento de propaganda. El periodismo español tenía un vicio de escuela, un defecto de sistema. No por ser político, sino por emplear métodos extraños a su propia técnica. Lo confieso después de haber incurrido yo en el mismo pecado. El periodismo español, aun adornado con plumas magistrales, parecía que enfriaba la actualidad, que la ofrecía como en conserva, esbravada.

En España, donde tiene una ilustre tradición el periodismo político, los periódicos, salvo algún caso de agudeza polémica, solían tratar la política menuda, de comité, en unos casos, y la doctrina política en otros, como algo abstracto, flotante y gaseoso, ajeno a los problemas vivos de la realidad. Fuera de esa política el periodismo se movía con vacilación y poquedad. Las secciones vivas de los periódicos estaban descuidadas, desnutridas. Las informaciones parlamentarias tenían la sequedad de un acta, las crónicas de tribunales estaban escritas en estilo curial, las noticias de los sucesos parecían partes de comisarías. Todo lo que era drama, pasión, espectáculo, se encogía y achicaba al convertirse en gacetilla, al pasar por las cajas de imprenta. Había habido, es cierto, varios intentos para poner al periodismo en contacto con los problemas reales de la época. El reportaje de Luis Morote, en Cuba durante la última guerra colonial fué uno de esos intentos. Pero en los periódicos españoles, aun en los buenos, únicamente solía hacerse la primera página. Nuestro periodismo era un periodismo de solistas, a veces geniales, de grandes divos, de guerrilleros de la pluma, pero no era periodismo. Es decir, el conjunto de aquellos soberbios solos de arpa no se concertaba, no hacía periódico, que ha de ser una obra armónica y coherente, en la cual, desde los titulares hasta la última gacetilla deben de obedecer a una inspiración unánime. El periódico español se hacía solo; es decir, no se hacía; y ofrecía un extravagante mosaico de ensayos políticos o literarios o filosóficos.

"El Sol" que, en ciertos aspectos, fué un intento de renovación de la prensa española, en este que nos ocupa acentuó el vicio en vez de corregirlo. Adquirió "El Sol", es cierto, una gran categoría intelectual y un tono de gran dignidad, pero no llegó a ser un diario vivo, sino una revista que se publicaba todos los días, consagrada al estudio de cuestiones trascendentales. Si en España no ha habido revistas se debe, precisamente, a que los periódicos diarios hacían sus veces, daban a los lectores cuanto en otros países suelen ofrecerles las revistas. Y se dió el caso peregrino de que la obra periodística más lograda en nuestro país no fuese un diario, sino una revista, el semanario "España", cuyo último director fué don Manuel Azaña, y en cuyas páginas vibra con calor de cosa viva la realidad nacional de aquellos tiempos.

EL PERIODISMO MODERNO EN ESPAÑA

Sólo en tiempos más próximos, a partir de la dictadura, el periodismo español evolucionó hacia su propio destino, hacia su función peculiar; evolución que tuvo manifestaciones de bien distintas y acusadas características en "Heraldo de Madrid", dirigido por Manuel Fontdevila, en "El Socialista", dirigido por Zugazagoitia, y en la "Publicitat", de Barcelona, bajo la orientación primero de Amadeo Hurtado y luego de Luis Nicolau d'Olwer. En "El Sol" mismo, Bagaría y Félix Lorenzo dieron las notas más agudas de este periodismo, en contacto con la vida, pero en este caso, como notas personales.

Esta modalidad del periodismo español, la que antes señalaba, se explica en parte, por su pobreza. Periódicos y periodistas fueron casi siempre pobres en España. Y también, salvo contadas excepciones, de una gran honradez. En España no han abundado los grandes piratas del periodismo; más bien ha habido empresas periodísticas decentes y periodistas honrados. El periodismo en España era el negocio modesto de una empresa o el boletín de algún personaje o grupo político. Periódicos de partido, de ideas, ligados exclusivamente a los intereses políticos de sus lectores, había pocos, fuera de la prensa obrera. En el campo estrictamente republicano logramos publicar un diario sin depender de empresa capitalista. Me refiero a "Política", que dirigió primero don Luis Bello, y a quien seguí yo en la dirección.

Aquellos periódicos españoles, ¿ejercían influencia sobre la opinión, cumplían su verdadero destino? No lo sé. En el periodismo español había cosas misteriosas, inexplicadas. Influencia cierta y honda sobre la opinión creo que la tuvieron escasa los periódicos españoles, y esa influencia era nula más allá de la frontera.

LA BUENA FORMULA

Pero al señalar defectos y fallos de nuestros periódicos no quiero encerrarme en una crítica puramente negativa. ¿Qué debió haber hecho nuestra prensa para curarse sus vicios? O, en otra forma: si las fórmulas periodísticas practicadas en España eran malas —salvo excepciones— ¿cuál pudo ser la buena? En mi opinión hubiera sido preciso sacar al periodismo español del civismo, de los solos de flauta, de la tendencia robinsoniana. Creo que la fórmula mejor del periodismo es la de la "información crítica"; esto es, el concierto diario de los hechos y las ideas la actualidad glosada en el acto, bajo la inspiración de una doctrina. Del periódico debe desaparecer cuanto carezca de interés humano, pero los hechos que encuentren eco en el periódico deben ser interpretados por el periodista, aclarados, explicados al lector, para auxiliarlo en la elaboración mental de su sistema político o social. Un periodista debe saber contar lo que ha visto y, al mismo tiempo, desentrañar su significado. El periódico —y dejo aparte el "Manchester Guardian", que es una especie de catedral periodística— el periódico que a mi juicio ha logrado con más acierto realizar esta fórmula de "información crítica", es "L'Oeuvre", de París.

LO QUE DEBE ESCRIBIR UN PERIODISTA

En su libro de "Memorias" de corresponsal británico en la Europa continental y de Director del "Times", libro que es algo así como la Biblia de los periodistas, Wickham Steed, la mayor autoridad periodística del mundo, recuerda el consejo que recibió del otro Steed, el viejo periodista inglés, cuando le anunció que deseaba dedicarse a la profesión. "Inténtalo —le dijo— Cuando tengas que decir algo de interés, escríbelo. Suprime luego todo lo que te parezca superfluo o innecesario, partes postizas que quitaran claridad a tu relato y fuerza a tu pensamiento. Cuando lo hayas hecho así, vuelve a escribir tu crónica como si tuvieras que enviarla al otro extremo del mundo, por cable, a cuatro chelines la palabra, pagándolo de tu bolsillo. Varás como aun encuentras palabras de sobra. Después de todo esto, si lo que queda escrito tiene vigor e interés, quizás sirvas para ser periodista."

PROFESIONALES

Dr. V. A. LASCA
ABOGADO
MONTEVIDEO 744
Buenos Aires

Dr. ANTONIO BALTAR
Ex profesor de la Fac. de Medicina de Santiago de Compostela, Jefe de Servicio de Anatomía Patológica del Centro Gallego de Bs. Aires.
Consultorio: SARMIENTO 2318
U. T. 48 - 1903
Clínica: Av. MITRE 2460 (Avellaneda). U. T. 22-4662.

Carlos Esplá

"Periódicos y periodistas"

¡Señoras y señores!

Temo que lo que a mí me parece curioso e interesante en mi oficio, carezca de interés para quienes tengan la paciencia de escuchar esta especie de reportage, que no conferencia. Recuerdo la aventura de aquel personaje que no veía la montaña porque estaba encima de ella, y presumo que puedo hallarme yo en trance parecido: no saber bien lo que son los periódicos, por haber andado metido en ellos.

Por esa consideración, y porque es cosa sabida que todos entienden de periódicos, pues todos los leen y todos los pisegan, me inclino a tratar el Tema como si me encontrase en una tertulia de gente del oficio. Suele ésta, llevada de su devoción profesional, no hallarse casi nunca satisfecha de su propia obra. ¡Dichosa insatisfacción, que es, simplemente, deseo de perfección imposible! El periódico de cada día ha podido ser siempre mejor. El periodista jamás está contento del periódico que ya ha salido a la calle. Pudo haberse hecho éste o aquéllo en otra forma. Faltó destacar tal noticia. ¡Qué lástima! ¡Cuantas ideas excelentes se le ocurren al periodista cuando la rotativa ha devorado ya las ruedas de papel sin fin!

Indudablemente, hariamos buenos periódicos si los diarios no se publicasen todos los dias, y pudiéramos hacer al siguiente una edición corregida del anterior. Al periodista que ama su oficio le estorba decididamente el ~~almanaque~~ calendario.

Este afan retrospectivo de perfección, que es como un humor profesional, explicará el acento critico de algunas de mis observaciones. Pero entre gente del oficio - y asi me considero yo esta noche - podemos hablar tambien de nuestros defectos, si en la critica ponemos buena intención.

No tengo, desde luego, la pretensión de dictar una lección sobre periodismo. Ya será bastante si acierto a recoger algunas impresiones sueltas de lo que yo he visto en el periodismo, unas veces como obrero modesto de esa gran industria moderna, otras como simple lector de periódicos, titulo ~~xxxxxxx~~ semejante al de suscriptor de "EL Imparcial" que ilustraba la tarjeta de nuestro compatriota. Impresiones y reflexiones, como ustedes verán, sin trascendencia. Me permitiré exponer algunos juicios personales sobre periodicos y periodistas que he conocido, y si hablo de mí no es por creerme yo un personaje importante, sino porque me resulta más fácil abordar de ese modo la cuestión.

Creo que hay personas que se descubren de pronto una irresistible vocación periodística. Yo no he pertenecido a esa especie. Fuí al periodismo casi sin querer, y me encontré una dia sujeto a él, atraido por el oficio, sin saber cómo, igual que esas jóvenes un poco bobas que se dan cuenta de que han sido seducidas cuando hay que ponerle pañales a la "pequeña distracción."

De joven, casi de niño, lo que me atraía no era el periodismo, sino la política. Me explicaré. La gente de mi generación despertó a las preocupaciones de la calle en 1909, entre los ecos de la guerra del Rif y las llamaradas de la semana trágica de Barcelona. Aquel año murió mi padre, tuve que abandonar los estudios y ponerme a trabajar. Se comprende que yo encontrase el mundo que me rodeaba lleno de injusticia y de dolor. En mi desventura, que era la de otros muchos jóvenes de mi edad, pensaba con cierta ingenuidad que gran parte de aquellas desdichas tenian un origen politico, de mal gobierno. Algo había que hacer para mejorarlo. ¡Tan fácil

como me parecía que la guerra de Marruecos terminase y que los muchachos pobres pudiesen seguir sus estudios, si desde Madrid nos gobernasen bien. Esto pensaba yo con ideas, como se vé, muy simples, al choque con mis primeras amarguras en la vida. Todo lo que se me ocurrió entonces fué decirlo por escrito. Habia que escribir y convencer a la gente para que las cosas mejorasen.

Mi vocación ingenua no fué, pues, de periodista, sino de evangelista, y aunque ya se sabe que los evangelistas fueron los precursores del periodismo. En cierta forma, "nuestros queridos compañeros de Redacción" descienden de San Marcos y San Mateo.

En Alicante, donde yo vivía entonces, resultaba bastante fácil dedicarse al apostolado político por correspondencia. Había en Alicante, por aquella época, diez y seis periódicos diarios, todos ellos pobrecitos, pequeños, faltos de noticias y llenos de artículos. El articulo político, doctrinal o polémico, se producía en mi tierra como los dátiles en racimo. Qué curiosos periódicos se publicaban allí! Los habia de todos los colores, incluso de tendencias y partidos que habian desparecido ya de la realidad política española, y que parecian periódicos de museo o fantasmas tipográficos. Había, por ejemplo, un diario titulado "El Graduador", que, como maliciosamente descubre su titulo, era posiblista, y otro llamado "La Unión Democrática", que era zorrilista. Estos dos supervivientes de especies políticas ya extinguidas, se combatian con vigor y pasión, en polémicas ardientes, de una fogosidad anacrónica y conmovedora.

Algunos jovenes pensamos que en una ciudad donde habia diez y seis diarios, podria haber igualmente diez y siete. Precisamente, faltaba un periódico republicano, pero de republicanismo que pudiéramos llamar contemporaneo, a fin de hacer oir nuestra voz y nuestra verdad en aquel confuso concierto periodístico provinciano. Hacía falta muy poco dinero para fundar un diario en Alicante. Apenas unos pocos duros. Lo que hacía falta era tenacidad y constancia para sostenerlo luego. Y así nació "El Luchador" de Alicante, el año 1911. No puedo evocar sin emoción el recuerdo de aquellos primeros números del nuevo diario, compuesto a mano, tirado en

4. malenta y usada máquina plana, modesta hoja impresa, tan pobre de medios como rica de nobles ambiciones. Cuando, más tarde, he conocido las soberbias instalaciones de los periódicos modernos, cuando he visto funcionar las formidables rotativas de los grandes diarios, mi recuerdo se ha dirigido siempre con ternura hacia aquellas vieja y fatigada prensa en que empezó a tirarse "El Luchador" y que era para nosotros una máquina prodigiosa para difundir ideas. "El Luchador" fué una hoja de propaganda republicana redactada por jóvenes llenos de convicción y de fé. Nadie cobraba por su trabajo, que era generoso y desinteresado. Ya nos parecia suficiente recompensa el bien que intentabamos hacer y sobrado premio el de nuestra libertad de escribir.

Nuestro fervor político y el ejemplo del periodismo español de la época nos hacian descuidar la información y la labor puramente periodística del diario, consideradas como faenas subalternas. Todos hacíamos artículos trascendentales o que pretendian serlo. En la vida quieta y suave de aquel dulce Alicante de mi juventud, "El Luchador" era como un escape de nuestro anhelo de acción y de lucha. ¿Qué maravilla fué la publicación diaria de aquel periódico tan pobrecito, que, como algunas criaturas endebles, sólo parecía sostenido por su voluntad de vivir? Luchábamos con las erratas de imprenta -que siempre fueron la salsa de los periódicos políticos-, con los defectos del reparto a los suscriptores, con las dificultades de la administración, con las trabas de nuestras ocupaciones y trabajos ajenos al periodismo, con la persecución de los caídos políticos de la provincia, con tantos obstáculos, en fin, que hacian inverosímil y prodigiosa nuestra empresa. Con tenacidad y abnegación incomparables la mantuvo siempre a flote un hombre ejemplar: Alvaro Botella Perez, que fué el alma del periódico, al que consagró todos los desvelos de su vida. A su esfuerzo constante se debió el prodigio de la publicación de nuestro periódico, diatras día, año tras año, y su trasformación, más tarde, en un buen diario político, en el humilde marco provinciano. "El Luchador", despues de una vida heroica, murió pocos dias antes de llegar las tropas de Franco a Alicante. Alvaro Botella murió pocas semanas despues, en el destierro. Descansa en tierra francesa, en Mende, donde lo enterramos un dia lluvioso y triste del año pasado.

pequeña

Citaré tres anécdotas que ilustrarán aquellas luchas: Primera, lucha con las erratas de imprenta: cierto día, al dar cuenta de la visita de una comisión de labradores de Elche, la "ciudad de las palmas", al Gobernador Civil, "El Luchador" publicó que "había visitado al la primera autoridad de la provincia una comisión de labradores de la ciudad de los pelmas". Naturalmente, se dieron de baja, ofendidos, todos los suscriptores de Elche, incluso los más abnegados republicanos. Segunda, lucha con la administración del periódico: estuvo encargada de ella, durante algún tiempo, el dueño de la imprenta donde se tiraba el periódico, un viejo republicano, llamado Muñoz, excelente persona pero de genio vivo que había reñido por cuestiones de comité o de tendencia partidista con casi todos los "republicanos históricos" de Alicante. Muñoz, con la lista de los suscriptores en la mano, empezó a suprimir a todos aquellos que habían tenido con él con su posición política algún pleito, a los que creía indignos de leer nuestro periódico: uno, por haber atacado a Maisonave; otro, por no haber defendido al doctor Esquerdo; el de más allá, por ser demasiado unionista, etc, etc. A los dos meses nos encontramos con que "El Luchador" no tenía ya casi suscriptores. Sólo quedaban en la lista algunos jóvenes, desconocidos por Muñoz. Tercera, lucha con el reparto: las dificultades materiales de la confección del diario, hacían que, algunas veces, saliese muy tarde, a las once de la noche, por ejemplo, en vez de las siete de la tarde, que era, en pura teoría, la hora de salida. En aquel tiempo, sobre todo en el invierno, a las once de la noche (en Alicante) estaba todo el mundo metido en su casa. De pronto, unos aldabonazos en la puerta de la calle alteraban la plácida velada familiar: "Algún pariente se ha puesto enfermo" - pensaban las mujeres. Y cuando abrían la puerta, se oía la voz del repartidor: "¡El Luchador!". Una señora muy aguda e ingeniosa, a quien no-

ojo pag 4)

le daba que su hijo, joven republicano, fuese suscriptor de nuestro diario, le llamaba graciosamente "el periódico del susto"

"El Luchador" no admitía anuncios de empresas públicas, ni suscripciones duplicadas de centros oficiales ni nada de lo que pueda limitar, aunque sea indirectamente, la libertad de crítica de una diario. Desaparecido el periódico, esparcida su modesta imprenta, quemada su colección, perseguidos sus lectores, fusilados algunos de sus colaboradores, muerto en el destierro Alvaro Botella, yo siento el deseo de proclamar que el título que con más orgullo he llevado por el mundo es el de redactor de "El Luchador" de Alicante.

Mis campañas políticas en aquel diario, sin grandes venturas para mis semejantes, me llevaron a mí a la cárcel y, por el año 16, al destierro, que cumplí en Valencia. Allí entré en la redacción de "El Pueblo". Aquella casa estaba como embrujada de historia, de recuerdos vibrantes, de luchas levantinas. Se revivía en ella la epopeya blasquista. Como esos protagonistas invisibles que no salen a escena, pero que determinan la acción de los otros personajes de un drama, así continuaba interviniendo misteriosamente Blasco Ibáñez en la vida del periódico fundado por él.

La Redacción de la calle de Don Juan de Austria conservaba, aunque en tono menor, aquel ambiente mixto de club revolucionario y de Universidad libre, de tertulia bohemia y de logia secreta, de cenáculo romántico y de comicio popular que le había dado Blasco Ibáñez en los últimos años del siglo pasado. En las viejas colecciones de "El Pueblo" se conservaba lo más jugoso y vivo de la obra periodística de "don Vicente", que fué uno de nuestros grandes periodistas. En ellas se conservaban también las ediciones

Su muerte fué para mí algo terrible. Alvaro Botella era una de las más nobles figuras del republicanismo español, un buen escritor, muy culto y agudo, de estilo suelto y castizo, un periodista muy perspicaz, un administrador escrupuloso y ordenado, un hombre idealista, laborioso y bueno. Y era una pura y limpia conciencia, un caso ejemplar de honestidad. Sobre todos nosotros ejerció una influencia enorme, y en el republicanismo alicantino, del que fué maestro y consejero, mantuvo esa línea de austeridad y limpieza moral que lo caracterizaba y que había trazado en época anterior otro varón ejemplar e inolvidable: el doctor Rico.

"El Luchador" no admitía anuncios de empresas públicas, ni suscripciones duplicadas de centro oficiales ni nada de lo que puede limitar, aunque sea indirectamente, la libertad de crítica de una diario. Desaparecido el periódico, esparcida su modesta imprenta, quemada su colección, perseguidos sus lectores, fusilados algunos de sus colaboradores, muerto en el destierro Alvaro Botella, yo siento el deseo de proclamar que el título que con más orgullo he llevado por el mundo es el de redactor de "El Luchador" de Alicante.

Mis campañas políticas en aquel diario, sin procurar grandes venturas a mis semejantes, me llevaron a mi a la cárcel y, por el año 16, al destierro, que cumplí en Valencia. Allí entré en la redacción de "El Pueblo". Aquella casa estaba como embrujada de historia, de recuerdos vibrantes, de luchas levantinas. Se revivía en ella la epopeya blasquista. Como esos protagonistas invisibles que no salen a escena, pero que determinan la acción de los otros personajes de un drama, así continuaba interviniendo misteriosamente Blasco Ibañez en la vida del periódico fundado por él.

La Redacción de la calle de Don Juan de Austria conservaba, aunque en tono menor, aquel ambiente mixto de club revolucionario y de Universidad libre, de tertulia bohemia y de logia secreta, de cenáculo romántico y de comicio popular que le habia dado Blasco Ibañez en los últimos años del siglo pasado. En las viejas colecciones de "El Pueblo" se conservaba lo más jugoso y vivo de la obra periodística de "don Vicent", que fué uno de nuestros grandes periodistas. En ellas se conservaban tambien las ediciones

originales
de algunas de sus novelas valencianas -"Flor de Mayo", "Arroz y tartana", "Entre naranjos"- escritas en la redacción para ser publicadas, al dia, en forma de folletin, creadas por el autor entre el tumulto político de los correligionarios bulliciosos, a la salida de un mitin, o a altas horas de la madrugada cuando la redacción se quedaba desierta y hasta la mesa de trabajo del novelista llegaba, como el ruido de un pendulo lejano, el vaivén mecánico de la vieja Marinoni que iba imprimiendo la "edición de la capital". Desde las columnas de "El Pueblo", Blasco Ibañez habia realizado una inmensa obra de agitación politica y de cultura popular. Habia dado a conocer al público valenciano los grandes valores de la literatura europea de la época, todavia ignorados en el resto de España. El escritor hablaba a Valencia de arte y de libertad. Exaltaba en pintura a los impresionistas -Sorolla habia pintado el cartel anunciador de "El Pueblo"- y en música era un wagneriano de combate. Luchaba con pasión desbordante en la vanguardia de su tiempo. ¡Cuantos valencianos adultos aprendieron el abecedario para leer "El Pueblo"! Blasco Ibañez habia despertado en Valencia la preocupación y el interés por los grandes acontecimientos de su tiempo. El lector de "EL Pueblo" seguía, por ejemplo, las peripecias del proceso Dreyfus con la misma anhelante expectación que los mismos franceses, y cuando Emilio Zola fué condenado, recibió de Valencia un homenaje de adhesión y aliento con 30.000 firmas.

Aquella gloriosa tradición tenía el periódico en cuya redacción ingresé al llegar a Valencia. Lo dirigía entonces un periodista de singular mérito, Felix Azzati, brillante polemista politico, con una audacia de expresión y un brio de lenguaje maravillosos. Era el año 16, en plena guerra europea. Blasco Ibañez, que habia regresado de su aventura colonizadora en Rio Negro y vivía en Paris, habia vuelto a escribir, poniendo su pluma generosamente al servicio de la causa aliada. ¡Con qué emoción recibieron los lectores de "El Pueblo" las nuevas crónicas del Maestro! Se titulaban las dos primeras que envió: "Paris rie" y "Paris canta". Yo guardé las cuartillas originales, que no hace mucho tiempo, en el destierro, entregué como una reliquia familiar a Libertad Blasco, la hija del gran escritor.

Blasco Ibañez volvía a ser el gran periodista de sus primeros tiempos. Su talento descriptivo, su vigor de narrador daban a sus artículos una fuerza de verdad extraordinaria. Era un escritor que sabia contar lo que veia, y éste es uno de los secretos del buen periodista. Blasco Ibañez fué periodista hasta sus ultimos años. Escribía para un consorcio norteamericano crónicas y reportajes sobre sucesos europeos. Era colaborador de "El Pueblo" de Valencia, desde los tiempos de Blasco Ibañez, otro gran periodista: Roberto Castrovido. Procesado por un articulo publicado en "El Pueblo", don Roberto habia sido conducido preso a la capital levantina y encarcelado en la vieja prisión de San Agustín. Recobrada su libertad, vivió algun tiempo en Valencia, en compañia de Blasco Ibañez. Allí se casó Castrovido, y tomó tal cariño a la ciudad que ningún año dejaba de visitarla durante el verano. Yo lo conocí en 1916. Todavia se publicaba en Madrid "El Pais" periódico que dirigia don Roberto y en el cual vieron la luz sus mejores articulos. ¡Qué lastima que aquella prosa rica, jugosa, castiza, vibrante, tuviera sólo el fugaz destino de un dia! Castrovido, que escribe con la pluma de Larra, dedicó toda su labor al periodismo. Siempre se resistió a reunir sus articulos en libro. Sus crónicas parlamentarias comentando el debate sobre el proceso Ferrer, sus siluetas periodísticas de los politicos de la Restauración, el artículo que escribió cuando murió don Carlos de Borbón, algunas crónicas madrileñas y otros articulos de costumbres, con centenares de trabajos más, son obras maestras de la literatura periodística. Castrovido es gloria y honor del periodismo republicano español no sólo por sus talentos de escritor, sino tambien por sus virtudes de hombre. Decir Castrovido en España es decir honradez y sencillez y bondad. Sin embargo, es un "rojo", que vive desterrado en Mejico... Yo lo recuerdo en su pisito de la calle de San Marcos, sentado en su sillón de inválido, junto al balcón, en aquel comedor galdosiano, frente a un velador cargado de libros y papeles, encima de los cuales escribía, con su letra que casi nadie lograba descifrar, en cuartillas de irregulares tamaños, sus maravillosos articulos. ¡Que ejemplo el de don Roberto! Director de un periódico madrileño, diputado,

gran figura politica, con una autoridad personal enorme, hecha de la admiración de sus lectores y del respeto de sus adversarios,, viviendo con aquella sencillez y modestia que lindaba con la pobreza, siempre dispuesto a un gesto de bondad, a un servicio de generosidad. Jamás aceptó cargos ni ~~hom-~~ ~~res~~ homenajes. Y es tanta su modestia, que cierta vez que el Ayuntamiento de Madrid quiso dar su nombre a la calle donde vivía, don Roberto se indignó: "Pero ¿cómo van a poner ustedes -les decía- en una lápida: calle de Roberto Castrovido, antes San Marcos?". Años más tarde, hace solo dos, recordaba yo regocijado esta anécdota, al saber que se había dado ~~el nombre~~ ~~[illegible]~~ en Valencia el nombre ~~[illegible]~~ de Margarita Nelken, a la calle que ~~[illegible]~~ antes se llamó de ~~antes~~ Isabel la Catolica.

Don Roberto amaba y ayudaba a los jovenes periodistas. Era un verdadero maestro. Cuantas lecciones he recibido de él en nuestras charlas veraniegas de la playa de Valencia.

Sus enseñanazas y las que en la redacción de "El Pueblo" recibí de Felix Azzati y de Marco Miranda, otro gran periodista republicano, fueron bien muy útiles para mi formación profesional. El apostolado ingenuamente iniciado en Alicante se convertia en oficio. Sin perder el fervor político, antes aumentado por el ejemplo de tales maestros, fuí aprendiendo la técnica periodística en esa magnifica escuela práctica que es un diario provinciano, donde el redactor ha de hacerlo todo, desde corregir pruebas y ajustar las planas y leer sobre el plomo y titular telegramas, hasta los trabajos más delicados y de mayor responsabilidad de la redacción. Yo no he creido nunca en las Escuelas de periodistas, con matrículas, cursos, notas y títulos de licenciados o doctores en artículos y gacetillas, y sostengo que la mejor escuela de nuestro oficio es un diario provinciano.

Hubo uno que era ~~xxxxxx~~ en mi opinión el mejor diario que se publicaba en España. Me refiero a "El Liberal" de Bilbao, que dirigía Indalecio Prieto. ~~[illegible]~~ Tribuno, orador, político de extraordinaria personalidad, gobernante de talla, Prieto es sobre todo un gran periodista. Sus impresiones parlamentarias, sus crónicas de guerra cuando el ~~[illegible]~~ Desastre de Annual, aquella deliciosa serie de apuntes que publicó durante la Dictadura con el titulo "Ocios de un politico", lo acreditan como uno de los mejores periodis-

tas de nuestro tiempo. Prieto, que ingresó en "El Liberal" como taquígrafo, es un enamorado del periodismo y conoce como pocos los secretos de la profesión. Yo trabajé a sus órdenes durante algunos años en Paris, y, con ocasión de unas elecciones, en Londres, y recuerdo a Prieto como un director atento al trabajo que se hacia bajo su inspiración, sin perder detalle para estimular, corregir u orientar, haciendo, en fin, lo que debe de hacer un buen director, que es dirigir.

Prieto habia dado unidad y tono a su periódico, como quizás no lo tenía ningún otro en España. Habia hecho de "El Liberal" de Bilbao un diario muy vivo y completo, uno de los mayores aciertos periodísticos de España, donde la Prensa, en general, ha pecado de fria, difusa, incoherente. Creo que en España hemos tenido buenos periodistas que salvo excepciones no han sabido hacer buenos periódicos. Por contraste con la Prensa extranjera, principalmente francesa e italiana, que llegaba a la redacción de "El Pueblo" y cuyos aciertos destacaba con agudos comentarios Felix Azzati, que sabia bien lo que era un periodico, la Prensa española de aquella época me parecia una Prensa a medio hacer, incompleta, sin unidad.

Con mi formación profesional de propagandista politico injertado en el periodismo de combate, mi juicio puede parecer recusable. Pero el periodismo en sí tiene un poder de seducción extraordinario, una misteriosa fuerza de hechizo, y a mi empezaba a interesarme el periodismo como obra, como poder, como finalidad. El periódico, aun aquel que pretenda ser puramente informativo, es siempre un formidable instrumento de propaganda. Pero el periódico tiene su técnica peculiar, que no es la de la propaganda oral, la del monólogo politico; del mismo modo que el cine tiene una técnica distinta a la del teatro.

El periodismo español de hace veinte años descuidaba su técnica periodistica, renunciaba a ser periodismo, y por ello mismo perdía eficacia como instrumento de propaganda. El periodismo español tenía un vicio de escuela, un defecto de sistema. No por ser politico, sino por emplear métodos extraños a su propia técnica. Lo confieso despues de haber incurrido yo mismo en el pecado. El periodico español, aún adornado con plumas ma-

gistrales, parecía que enfriaba la actualidad, que la ofrecia como en conserva, desbravada.

En España, donde tiene una ilustre tradición el periodismo político, los periodicos, salvo algún caso de agudeza polémica, solían tratar la politica menuda, de Comité, en unos caos, y la doctrina política en otros, como algo abstracto, Holante y gaseoso, ajeno a los problemos vivos de la realidad. Fuera de esa politica el periodismo se movia con vacilación y poquedad. Las secciones vivas de los periódicos estaban descuidadas, desnutridas. Parddiando a aquel ilustre compañero que habló de las "fuerzas vivas", podriamos decir que las secciones vivas de los periódicos estaban muertas. Las informaciones parlamentarias tenian la sequedad de un acta, las crónicas de tribunales estaban escritas en mal estilo curial, las noticias de los sucesos parecian partes de comisaría. Todo lo que era drama, pasión, espectáculo, dolor o gozo en el pueblo, lucha de intereses, de ideales o de anhelos populares, se encogía y achicaba al convertirse en gacetilla, al pasar por las cajas de imprenta. Con una colección de periódicos españoles a la vista, podríamos establecer facilmente la estadística exacta de los menudos sucesos de la vida cotidiana, pues los periódicos cuidaban esa clase de informaciones que muchas veces solo ofrecen un interés domestico, pero sería dificil seguir y comprender la evolución de los problemas fundamentales de nuestro pais en aquel mismo periodo. Habia habido, es cierto, varios intentos para poner al periodismo en contacto con los problemas reales de la época. El reportage de Luis Morote en Cuba durante la última guerra colonial fué uno de esos intentos. "El Liberal" llegó a gastar en los cables de Morote muchos miles de duros, cosa desconocida hasta entonces en la Prensa española. Un periódico de gran prestigio fué "El Liberal" de Vicenti, con sus crónicas de Alfredo Calderón. Dicenta, Zozaya, y otros colaboradores mas aficionados a la glosa de las ideas que de los hechos. Graficos pero, por lo general, Acaso Dicenta, muy cerca del pueblo, era una excepción, y algunas de sus crónicas como las de su último viaje por las costas de España conservan hoy todavia vida y calor.

Pero en los periódicos españoles, aún en los buenos, (unicamente solia hacerse la primera pagina. "¿Que hay para primera? -decía el Director al llegar a

la redacción. Y lo que había era una serie de artículos o crónicas escritas por ilustres robinsones del periodismo a destajo, piezas sueltas de prosa evadente que no formaban cuerpo con el periódico ni tenían relación con el momento.

Nuestro periodismo era un periodismo de solistas, a veces geniales, de grandes divos, de guerrilleros de la pluma pero no era periodismo. Es decir, el conjunto de aquellos soberbios solos de arpa no se concertaba, no hacían periódico, que ha de ser una obra armónica y coherente, en la cual, desde los títulares hasta la última gacetilla deben de obedecer a una inspiración unánime. El periódico español se hacía sólo; es decir no se hacía; y ofrecía un mosaico extravagante de ensayos políticos o literarios o filosóficos.

"El Sol", que, en ciertos aspectos, fué un intento de renovación de la Prensa española, en éste que nos ocupa acentuó en vez de corregirlo el vicio. Adquirió "EL Sol", es cierto, una gran categoría intelectual y un tono de gran dignidad, pero no llegó a ser un diario vivo, sino una revista que se publicaba todos los días, consagrada al estudio de cuestiones trascendentales. Si en España no ha habido revistas se debe, precisamente, a que los periódicos diarios hacían sus veces, daban a los lectores cuanto en otros países suelen ofrecerlos las revistas. Y se dió (¡por contraste!) el caso peregrino de que la obra periodística más lograda en nuestra país no fuese un diario, sino una revista, el semanario "España", cuyo último director fué don Manuel Azaña, y en cuyas páginas vibra con calor de cosa viva la realidad nacional de aquellos años.

Solo en tiempos más próximos, a partir de la dictadura bertaldesca de Primo de Rivera, el periodismo español evolucionó hacia su propio destino, hacia su función peculiar; evolución que tuvo manifestaciones, de bien distintas y acusadas características, en "Heraldo de Madrid", dirigido por Manuel Fontdevila, en "El Socialista" dirigido por Julián Zugazagoitia, y en "La Publicitat" de Barce-

lona, bajo la orientación, primero de Amadeo Hurtado, y luego de Luis Nicolau d'Olwer. En "El Sol" mismo, Bagaria, Felix Lorenzo y "Andrenio" dieron por ese tiempo las notas más agudas de este periodismo en contacto con la vida real del país, pero siempre como notas personales.

Mas pienso, acaso, que soy excesivamente severo y hasta injusto en la crítica que hago de nuestros periódicos, aunque me sirva de excusa el encontrarme entre gente del oficio que sabe que exagero. Decididamente, nuestros periódicos eran mucho mejor de lo que yo acabo de decir. ¡Si supierais con cuánta ternura y con cuanta emoción los recuerdo, ahora que han desaparecido, barridos por el asolador vendaval totalitario! Si tenían algún defecto, se adornaban, en cambio, con grandes virtudes, y entre ellas la más apreciada por todos nosotros: un gran amor a la libertad. La sirvieron con fervor los periódicos españoles hasta que, con ella, desaparecieron de nuestra patria. Yo no creo que los boletines impresos que se publican ahora en España inspirados por la propaganda nazi-fascista, merezcan el nombre de periódicos españoles.

Posiblemente los defectos técnicos que señalaba anteriormente a nuestra prensa obedecían, en buena parte, a su pobreza.

. Periódicos y periodistas fueron ~~casi siempre~~ generalmente pobres en España. Y tambien, salvo contadas excepciones, de una gran honradez. En España no han abundado xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx los grandes piratas del periodismo; más bien ha habido empresas periodísticas decentes y periodistas honrados,

hasta que el "nuevo orden" suprimió a las primeras y fusiló o desterró a los segundos.

de todos los "senyors Esteves" de Cataluña y sus contornos

"senyor Esteve". Pero bastaba que "La Vanguardia" defendiera una causa política o patrocinara una candidatura electoral para que aquélla se malograse o ésta resultara derrotada, (a pesar de que entre sus colaboradores había algunos que gozaban de cierta autoridad personal en la opinión: don Angel Ossorio, por ejemplo.

La falta de influencia de sobre su publico obedecía en "La Vanguardia" a un secreto orgánico. A su propietario oí decir cierta vez que tenía en el periódico a tres directores, en vez de uno, para que no se dijera: "es el periódico de éste o de áquel director", sino: "Es el periódico de Godó". Y uno de los redactores del periódico me refirió cierta vez esta curiosa anécdota: como recordarán, "La Vanguardia" publicaba gran cantidad de pequeños anuncios clasificados, cuya inserción costaba cuatro o cinco reales. Un dia, el señor Godó dejó en la redacción una gacetilla que interesaba a un amigo personal suyo, y con gran sorpresa vió, a la mañana siguiente, que no la había publicado su diario. Descuido de algun redactor o inconveniencias de ajuste fueron causa de esta omisión. Pero el propietario de "La Vanguardia" no aceptaba excusas ni explicaciones. Bajó a la administración, se encaró con la fila de modestos anunciantes que formaban cola frente a la ventanilla para dejar sus pequeños reclamos, y los echó a todos a la calle: "¡Fuera de aquí! -exclamaba irritado el propietario de "La Vanguardia"-. ¿De modo que yo, dueño de todo esto, donde tengo metidos muchos millones de pesetas, no consigo que el diario me publique una gacetilla y ustedes quieren publicar por cuatro o cinco reales lo que les dé la gana? ¡A la calle todo el mundo!"

Resultaba, pues, que ni "La Vanguardia" tenía influencia sobre sus lectores, ni su propietario sobre "La Vanguardia". Este era el periodico de mayor circulación de España.

La seguia, en orden de tirada, el "ABC", que era y sigue siendo un puro absurdo periodístico. Don Torcuato Luca de Tena lo fundó con la doble finalidad de anunciar los productos de su industria -Agua de azahar, colonia, aceite puro de oliva...- y defender a la monarquía. Luchar contra la revolución y cantar las excelencias de los mejunjes de tocador que fabricaba don Torcuato eran las "consignas" de aquel singular diario, que sí ejerció influencia en parte de la opinión española pero fué para entontecerla. Ejerció una influencia corruptora.

El periódico en España era el negocio modesto de una empresa o el esfuerzo de algún personaje político. Periodicos de partido, de ideas, ligados exclusivamente a los intereses politicos de sus lectores, habia pocos, fuera de la Prensa obrera. En el campo estrictamente republicano logramos publicar un diario sin depender de empresas capitalistas, creado con las aportaciones modestas de los que habrían de ser sus lectores. Me refiero a "Politica", que dirigió prmero don Luis Bello, a quien sucedí yo en la Dirección. Cuando lanzamos "Politica", diario, despues de un ensayo poco afortunado como semanario, disponíamos tan sólo de 12.000 duros, recogidos peseta a peseta entre los afiliados de Izquierda Republicana. Quienes entendían de periodicos se burlaban de nosotros, desconfiaban de nuestra empresa. "Para hacer un diario nuevo necesitan ustedes tres o cuatro millones de pesetas" nos decían. Pero hicimos el diario, que sólo dejó de publicarse cuando cayó Madrid. No tuvimos tiempo ni medios para hacer el periodico que queriamos -el primer numero de "Politica" salió el dia del mitin de Comillas- pero por la pluma pulcra y recia de Luis Bello quedó trazado un programa periodístico que, algún dia, quienes nos sigan podrán realizar.

Aquellos periódicos españoles, ¿ejercían alguna influencia sobre la opinión, cumplian su verdadera destino? No lo sé. En el periodismo español había cosas misteriosas, inexplicadas. El periódico de más tirada, "La Vanguardia" de Barcelona era la negación de cuanto se entendia en España por un periódico popular. Era un diario de muchas páginas, que aparecía enlutado por las esquelas mortuorias que le daba cierto lúgubre aspecto de órgano de una empresa de Pompas funebres (¡qué bien le hubiera caido el título "La Ultima Hora"!) No publicaba reseñas de toros ni la lista de la lotería, que eran, para algunos periódicos, el secreto de sus grandes tiradas; carecía de amenidad, y, aunque publicaba mucha información extranjera, de agencia, la daba al natural, tal como la recibía, sin ordenarla ni explicarla. Aquel periodico, que habia sido en sus comienxos -como delata su título- una hoja casi revolucionaria en las agitaciones políticas del 69, era un diario gris, opaco, el de mayor circulación de España. Era el periodico del

Don Torcuato proporcionaba a muchos españoles ideas para dentro de la cabeza y cosméticos para fuera. Aquellas cabezas, de tal manera enmemecidas y torcuatadas, llegaron a pensar que el "ABC" honraba al periodismo español.

Con algunos periodistas extranjeros, gente competente en el oficio, comenté yo, a veces, la fórmula periodística del "ABC", que a todos parecía descabellada. Incluso en el aspecto de la técnica tipográfica, los conocedores se maravillaban de que aquel absurdo periodístico -ecuación inverosímil de la lentitud del huecograbado y de la exigencia de rapidez de la información- fuera uno de los más leídos de España.

Pero influencia permanente y honda sobre la opinión creo que la tuvieron escasa los periodicos españoles (- Salvo, en algún momento, algún periódico determinado -), y esa influencia era nula más allá de la frontera. Con sus 5.000 ejemplares de tirada, un periodiquito como "La Journal de Genève", en la epoca de los editoriales de Williams Martin, pesaba más, no ya en Suiza, sino en Europa entera, que "La Vanguardia" en España con sus 200.000 ejemplares y el "ABC" con cifra de tirada que se aproximaba a aquella.

Pero, al señalar defectos y fallos de nuestros periódicos, no quiero encerrarme en una crítica puramente negativa. ¿Qué debio haber hecho nuestra Prensa para curarse de aquellos vicios? O en otra forma: si las fórmulas periodísticas practicadas en España eran malas -salvo excepciones- ¿cuál pudo ser la buena? En mi opinión, hubiera sido conveniente sacar al periodismo español del divismo, de los solos de flauta, de la tendencia robinsoniana. Creo que la fórmula mejor del periodismo es la de la "información crítica"; esto es, el concierto diario de los hechos y las ideas, la actualidad glosada en el acto, bajo la inspiración de una doctrina. Del periodico debe de desaparecer cuanto carezca de interés humano, pero los hechos que encuentren eco en el periódico deben ser interpretados por el periodista, aclarados, explicados al lector, para auxiliarle en la elaboración mental de su sistema política o social. Un periodista debe saber contar lo que ha visto y, al mismo tiempo, desentrañar su significado. Un crimen puede ser un suceso insignificante, merecedor tan sólo de un par de líneas o, por el contrario, un gran drama llamado a conmover el alma humana o a descubrirnos problemas

Al hacer estas preguntas, descubro la verdadera intención de mis críticas. En el fondo, yo no he renunciado a la esperanza de que los periódicos españoles volvamos a hacer periódico. Y nuestra ilusión será, haciendo mejor que antes, cumplir cada uno de nuestros

de interés general. El acierto del periodista, despues de dar realidad y medida a su narración, estará en destacar el valor social, politico o humano del suceso. El periodismo hecho con artículos escritos por ilustres colaboradores desde su gabinete de trabajo, pero de espaldas a la calle, no es el periodismo que yo concibo. En España hemos visto diarios políticos con excelentes artículos, que publicaban en el mismo número la reseña parlamentaria o la información del movimiento obrero recortadas, de otros diarios de tendencia política opuesta, cuando la verdadera misión de aquel periódico debió haber sido mostrar a sus lectores con ilustrar por su cuenta la información directa, caliente, de aquella sesión parlamentaria o de aquella huelga.

-y dejo aparte el "Manchester Guardian", que es una especie de catedral periodística- el periódico

El periodico que, a mi juicio, logró con más acierto realizar esta formula de "información critica" es "L'Oeuvre" de Paris, que fundó Gustavo Tery y en cuyas páginas han brillado las plumas de Robert de Jouvenel, La Fouchardiere, Henri Barde y tantos otros ingenios, (que formaron su equipo de redaccion. Un periódico ha de ser obra de un equipo en el que cada "equipier" haga el papel que le corresponde. Pierre Benard, Alexandre Zevaes, Jean Piot, Edmond See, André Billy) Durante muchos años, la lectura de "L'Oeuvre" ha sido para mí una fiesta diaria. La cultura y el espiritu de Francia, la amenidad y la agudeza puramente francesas se concertaban en ese periódico para lograr el sabio injerto del comentario a la descripción, de la crítica al suceso, del eco humano a la voz de la actualidad. "L'Oeuvre" no fué una improvisación. Era como la esencia de una prodigiosa elaboración periodística, el producto refinado de muchos años de buen periodismo. Con los defectos, que conozco, pero que no son del caso señalar, considero que la Prensa francesa era de gran calidad,.. cuando existia Prensa francesa.

Francia, como se sabe, es la cuna del periodismo moderno. Creo que el primer diario, digno de tal nombre, se publicó en Paris. Un médico muy vivo, Teofrasto Ranaudot editó en 1631 "La Gaceta de Francia", que es el primer periódico informativo de que se tiene noticia. Pero al hablar de cuna del periodismo no queria referirme a esos lejanos orígenes, sino a los del periodismo moderno, en su forma actual; es decir, el diario grande, bien informado, con secciones atrayentes, vendido al publico a menor precio del que cuesta fabricarlo, y con gran tirada. El inventor de esta clase de periodismo fué, hace algo más de cien años, Girardin,

o mejor dicho, su esposa, Delfina Gay, mujer de extraordinario talento, pues a ella se atribuye la idea. El matrimonio Girardin es el creador del periódico a cinco céntimos, con informaciones directas, crónicas literarias, pasatiempos, ilustraciones, críticas de arte, reportajes y folletín. Algunas novelas famosas de Alejandro Dumas y de Victor Hugo están escritas para ser publicadas en folletín en "Le Petit Journal" de Girardin, quien llegó a pagar a aquellos autores hasta 300.000 francos por un original, cifra fabulosa en aquella época y aún en ésta. Girardin lo que en realidad inventó fué la publicidad en su forma actual, que le proporcionaba ingresos que cubrian el déficit de lo que obtenía por la venta del diario. Desde aquellos tiempos, está abierta en la Prensa ese gran debate sobre si la publicidad da o quita independencia al periódico. La empresa comercial que compra con su dinero el derecho a anunciar sus productos en las paginas de un diario ¿lo somete a su dependencia, poniéndolo al servicio de una propaganda que puede ser contraria al interés del lector, o, por el contrario, le facilita los medios (precios) para que el periódico sea económicamente independiente y se libre de la tutela de otros intereses políticos o capitalistas? En Congresos profesionales se ha discutido mucho este punto, sin que haya quedado jamás en claro. Algunos periodicos ingleses tienen establecido, a este propósito, un servicio propio de censura de publicidad, para defender su independencia o preservar su seriedad.

Lo cierto es que la publicidad se ha convertido en la base económica de la Prensa moderna y que sólo conozco un periodico, extraordinario por tantos otros méritos, que se niegue a publicar anuncios. Se trata del "Canard Enchainé"

La Prensa moderna nace, pues, en manos de los esposos Girardin, y alcanza, para mi gusto, su punto de sazón, en "L'Oeuvre" de Gustavo Tery., de perfección, como he dicho, en el "Manchester Guardian": (a la Prensa francesa Una gran tradición literaria y politica la ayudó) a alcanzar su tono justo, antes de desaparecer, barrida tambien por el huracan hitleriano. Alguien ha dicho que las "Provinciales" de Pascal son artículos de fondo de un ignorado diario jansenista. Pero, sin buscar antecedentes en el recuerdo ascético de Port Royal, ¿quien duda de que las "Cosas vistas" y "La Historia de un Crimen" de Victor Hugo son maravillosas páginas del periodismo moderno? Victor Hugo, que sabia ver y contar, explica a Albert Londres; del mismo modo que Voltaire explica a Rochefort, Paul-

W. T. Stead. Director de la Review of Review

- ¿Cómo quiere Vd. que yo sepa si servirá Vd. para periodista? Para serlo, y no simplemente una mujer de letras, hay que tener algo que decir. Y usted no sabrá si tiene realmente algo que decir valga la pena de ser dicho más que escribiéndolo, y dejando de ser contestar a alguien que quiera ser primero. Puedo, sin embargo, darle un consejo: cuando haya encontrado un tema asunto y le haya dado forma, antes de que debe telegrafiarlo a Australia, por su cuenta. Los telegramas cuestan, según creo, unos chelines la palabra. Pues bien, cuando Vd haya suprimido todas las palabras superfluas y encontrado sus frases preferidas, vuelva a copiarlo legiblemente y envíelo a un director de periódico. Si lo rechaza, pruebe con otro. Si nadie lo acepta, es que, probablemente, usted no servirá nunca para periodista."

Renan a Severine, Mirabeau
Louis Courier a Daudet, [illegible] al Clemenceau de "La Justice" y de "L'Homme Libre", Diderot a Galtier-Bossier y Saint-Beuve a Paul Souday. El periodismo francés, muy hecho y trabajado, se distingue por la concisión y vigor de su prosa, por la viveza y emoción de sus narraciones, por la buidez de sus comentarios, por la armonía y concierto de su conjunto. Es un periodismo muy en contacto con la vida, de la que conserva el calor humano y la inquietud. El periodista francés sabe contar lo que vé, a diferencia del periodista español, más inclinado a decir lo que piensa.

El periodismo francés descansa, como los edificios en sus cimientos subterráneos, en un hombre oscuro y laborioso, poco conocido del público, que es el secretario de Redacción, cargo que no tiene equivalente en España. El Director de un periódico francés suele ser su gerente financiero, el Redactor-jefe su director político; pero quien hace, en realidad, el periodico es el Secretario de redacción, que, metido entre pruebas y cuartillas, colgado al teléfono o dando un vistazo a la platina, da proporción al periódico, fija la dimensión de las informaciones, reclama o suprime el comentario, calcula la importancia del suceso, destaca lo que merece relieve, ahoga lo que carece de interés, corta, añade, corrige, ilustra, hace, en fin, con tantos pedacitos dispersos de vida un ser completo, con vida propia. El Secretario de Redacción es algo así como un director de orquesta, que armoniza letras en vez de notas, y desde su oscuro rincón, lleno de humo de tabaco y de olor de tinta de imprenta, es el que está más cerca de la calle, del mundo, de la realidad palpitante y nerviosa. Creo que si en España, a pesar de contar con grandes periodistas, no hemos logrado tener un buen periodismo, es porque carecíamos de Secretarios de Redacción

En su libro de "Memorias", que es algo así como la Biblia de los periodistas, Wickham Steed, la mayor autoridad periodística del mundo, recuerda el consejo que recibió del otro Steed, el viejo periodista inglés, cuando le anunció que deseaba dedicarse a la profesión. "Inténtalo -le dijo- Cuando tengas que decir algo de interés, escríbelo. Suprime luego todo lo que te parezca superfluo e innecesario, partes postizas que qui-

tarán claridad a tu relato y fuerza a tu pensamiento. Cuando lo hayas hecho así, vuelve a escribir tu crónica como si tuvieras que enviarla al otro extremo del mundo, por cable, a cuatro chelines la palabra, pagándolo de tu bolsillo. Verás como aún encuantras palabras de sobra. Despues de todo ésto, si lo que queda escrito tiene vigor e interés, quizas sirvas para ser periodista".

He citado el consejo cuando me doy cuenta de que no lo he seguido ¡Cuantas palabras para decir tan pocas cosas! Wickham Steed echaria, de seguro, al cesto de la redacción este mal reportage que ustedes han tenido la paciencia de escuchar. Cerrémoslo aqui, porque yo tambien tengo prisa de salir a la calle y comprar la "sexta" a un canillita. En el fondo, lo que más me gusta de los periodicos es leerlos.

"L'Oeuvre", de Téry a Marcel Déat

Carlos ESPEL

UN telegrama de prensa —de origen alemán— anuncia que el diario francés "L'Oeuvre" vuelve a publicarse en París —ocupada por los nazis— bajo la dirección de Marcel Deat.

Ningún español que haya vivido desterrado en Francia puede leer sin emoción esa noticia, triste como si anunciara la muerte de un amigo o su traición, que es muerte de la amistad.

"L'Oeuvre" era, para los republicanos españoles, un viejo amigo de los tiempos difíciles. Por ello, no parecerá inoportuno su recuerdo en nuestra ESTANZA REPUBLICANA. No nos faltó la amistad de "L'Oeuvre" en los días esperanzadores que precedieron a la proclamación de la República: días de lucha y destierro, en los que "L'Oeuvre" nos prestó el servicio inapreciable de su defensa y solidaridad. Se mantuvo fiel a esa amistad al establecerse la República en España, a la que ayudó con sus consejos leales, tratando de apartarla de aventuras y extremismos. Sirvió generosamente la causa republicana española cuando la traición amenazó al régimen. Y, perdida la República, tendió la mano leal a los republicanos emigrados.

El último artículo de Marcelino Domingo, escrito en el destierro pocos días antes de su muerte, se publicó en "L'Oeuvre". Hasta hace unos meses, un centenar de niños españoles, huérfanos de combatientes republicanos, tuvieron en un castillo señorial de la vega del Ródano, cerca de Lyon, hogar y escuela, pan y afecto, que les ofrecieron los lectores de "L'Oeuvre", conmovidos por un noble llamamiento que desde las columnas del diario les dirigiera Genevieve Tabouis.

El recuerdo de "L'Oeuvre" va unido, pues, al de nuestras luchas; su amistad al de nuestras desdichas; su ayuda al de nuestro exilio.

Todo eso fué para nosotros "L'Oeuvre" libre, dirigido, primero, por su fundador Gustave Tery y, más tarde, por Jean Piot, que le sucedió. Todo eso deja de ser para nosotros "L'Oeuvre" sumiso ,sometido a las tropas de ocupación y dirigido por Marcel Deat.

Gustave Tery era un profesor universitario que puso cátedra de liberalismo en las columnas de "L'Oeuvre". Tenía un estilo periodístico claro, directo, breve, clásico. Su pluma encontraba siempre, ágil y certeramente, el nervio del asunto. Supo rodearse de un equipo magnífico, que hizo de "L'Oeuvre" el diario más vivo y espiritual de París. Cuando anunció la aparición del diario llenó París de pasquines: "Los imbéciles no leerán "L'Oeuvre". No fué, en efecto, un periódico para imbéciles solemnes, impermeables a la ironía, que era el arma periodística de Tery.

Con él compartía la dirección espiritual del periódico Robert de Jouvenel. Jouvenel el Bueno, para distinguirlo de su hermano el ministro y de algunos de sus sobrinos.

Jouvenel el Bueno ha sido uno de los espíritus más finos y mordaces del periodismo francés. Su "Republique des camarades", es una sátira profunda y aleccionadora. Acaso sea, en su desdicha actual, la lectura melancólica de algún político francés perseguido...

Georges de La Fouchardière ilustraba diariamente las páginas de "L'Oeuvre" con sus crónicas volterianas, irreverentes y demoledoras. Disparaba sobre los "grandes de la tierra" sus zumbas geniales, como pelotas del "pum - pam - pum". Uno de sus blancos favoritos fué el Alfonso XIII de Deauville, "vedette" de balneario, contratada por Cornuché para atracción de rastacueros.

Henri Barde, mi compañero inolvidable, era el redactor diplomático de "L'Oeuvre" y destacaba en una nota breve y concisa, esencia de buen periodismo, el acontecimiento del día en el mundo. Barde en la prensa de izquiera y "Pertinax" en la de derecha han sido las mejores plumas de Francia consagradas a la crónica internacional.

Genevieve Tabouis sucedió a Barde en esa tarea diaria, con aciertos que tuvieron resonancia en todo el mundo. Genevieve Tabouis continúa hoy su labor desde Nueva York, desterrada de Francia.

Pierre Bernard, Alexandre Zevaes, Edmond See, André Billy, Nocher, André Bayet, Robert Dieudonné y tantos otros daban a las páginas de "L'Oeuvre" una espléndida riqueza de ideas, de comentarios agudos y ágiles, de glosas a la actualidad viva y nerviosa.

La redacción de "L'Oeuvre", en la rue de Louis - le - Grand, cerca de la ópera, no tenía esa frialdad burocrática que dan a las casas de los modernos rotativos aspecto de oficina bancaria. Tenía un ambiente bohemio, simpático, acogedor, como una redacción madrileña. No se sabía allí lo que era la "organización moderna del trabajo", standarizado, taylorizado, como si los periodistas fuesen piezas de producción en una cadena industrial para fabricar artículos y reportajes en serie. Había en aquella redacción un cierto desorden, necesario para las obras del espíritu, una punta de gracia, de juventud y de vida. Algunas noches la cuartilla más intencionada, la "manchette" más mordaz llegaba a las cajas desde el "bistrot" de la esquina, el famoso "Cadran", célebre entre los periodistas noctámbulos de París.

Cuando las tropas de Hitler ocuparon París, la redacción de "L'Oeuvre" se dispersó. Piot y alguno de sus colaboradores han publicado el periódico en Vichy o en algún otro lugar de la Francia todavía no ocupada, pero ya amordazada. Ahora vuelve a publicarse en París, bajo la dirección de Marcel Deat, el muniqués, señorito del "neosocialismo", recluta del "nacionalsocialismo".

Marcel Deat era un joven circunspecto y ambicioso que militaba en las filas del socialismo francés. Cuando, en 1934, ante la intransigencia doctrinaria de Paul Faure, se inició en el seno del partido la tendencia colaboracionista con los radicales para la defensa de la democracia, Deat, con Marquet Frot y Frossard, siguió la orientación de Renaudel, Compére - Morel y Boncour, hombres de generoso aliento y de recta intención. Así nació un movimiento noblemente inspirado, pero que pronto desvirtuaron los ambiciosos e intrigantes. Marcel Deat aconsejó el reconocimiento de Franco mucho antes de que la República fuese derrotada militarmente. Marcel Deat fué uno de los mamporreros periodísticos de Munich. Marcel Deat escribió, en vísperas de la guerra, aquel infame artículo, que será ahora su orgullo de profeta de la indignidad, titulado: "Mourir pour Dantzig?".

Ahora es uno de los edecanes de Laval, en sus andanzas parisinas con Brinon y Albetz. El otro edecán es Gaston Bergery, criatura política de Caillaux. Detrás de ellos el cacasénico coronel La Rocque, conde Casimiro, y el ex comunista Doriot, el antiguo aliado de Abd - el - Krim, y la chusma de viejas "donariéres" y de pensionados de la propaganda nazi.

"L'Oeuvre" de Gustave Tery, al servicio de la República, se convierte, bajo la dirección de Marcel Deat, en "L'Oeuvre" al servicio de Hitler. Esto quiere decir que "L'Oeuvre" no sigue; que se interrumpe la obra. "L'Oeuvre" va a ser ahora un periódico para imbéciles.

Buenos Aires, octubre 1940

21

Luis de Sirval ※

Era valenciano. Comenzó su vida periodística en "La Voz Valenciana" cuando yo trabajaba en "El Pueblo". Era entonces Sirval muy joven, casi un niño. Escribía una prosa limpia, aguda, juvenil. Poco después marchó a Madrid e ingresó en la redacción de "La Libertad". Sirval llevaba en la sangre el veneno periodístico, como si un mago le hubiera dado una inyección de tinta de imprenta. En la vocación periodística hay, en efecto, algo de embrujo, de hechizo misterioso. Sirval era un periodista apasionado, totalmente volcado en su oficio. Nada en la vida complicada de los periódicos le era indiferente o desconocido. Escribía en "La Libertad" unas glosas diarias, muy ágiles y huídas. Hacía reportajes, trabajos de "mesa" en la redacción, crónicas y artículos muy ~~nigocos~~ y fuertes de estilo. Fué uno de los compañeros que más trabajaron por la dignificación profesional. Era inquieto, activo, emprendedor. Durante la Dictadura puso en marcha una empresa que llevó aires de renovación a los periódicos provincianos, para los que organizó un servicio de colaboraciones de primera calidad: Unamuno, "Andrenio", Marcelino Domingo, Albornoz, Luis Bello... Sirval no llevó a cabo la empresa con espíritu ~~comercial~~. Fué una organización cooperativa que permitió retribuir a los colaboradores en forma hasta entonces desconocida en la prensa española. Los colaboradores de Sirval realizaron en aquella época, de formación de una conciencia liberal en España, una inmensa labor desde las tribunas populares de los periódicos de provincia.

Yo hice por encargo de Sirval un reportaje político, desde Berlín, sobre la Alemania republicana, cuando las elecciones alemanas del 28, al tomar extensión política la ofensiva frenética de Hitler contra la República de Weimar. Sirval había previsto el drama alemán y quería que estuviesen informados los lectores españoles. Pude entonces apreciar la prodigiosa organización que Sirval había sabido montar sobre el periodismo provinciano español que era, por esencia, incoherente y desorganizado.

Proclamada la República, Sirval la sirvió lealmente con su pluma. Como periodista y nada más — y nada menos — que como periodista. Sus crónicas parlamentarias de las Constituyentes son un documento vivo, palpitante, evocador. Durante el bienio negro, Sirval mantuvo inflexiblemente la línea recta del republicanismo. Cuando March ~~impuso su terrorismo de pirata en~~ "La Libertad", Sirval abandonó la redacción.

A fines de septiembre del 34, Luis Bello y yo preparábamos la publicación de "Política". Buscábamos nuestros futuros colaboradores. Pensamos en Sirval. Este aceptó, gozoso de trabajar en un periódico que habría de publicarse sin trabas de intereses, consagrado plenamente al servicio de la República. Pocos días después, estalló el movimiento de Asturias. Sirval se despidió de nosotros. Su pasión periodística lo empujaba hacia el drama. Quería ver y contar lo que viese.

—1 jugosos

T puramente lucrativo.

H hizo de "La Libertad" su "jaca de contrabandista"

※ N. del E.- Encajados en el mismo tema de la conferencia, "Periódicos y periodistas", ha escrito Carlos Esplá, en estos últimos tiempos, varios artículos en la prensa republicana de Buenos Aires. Consideramos interesante reproducirlos incluir en este volumen dos de estos trabajos periodísticos, como complemento de su disertación. El dedicado a Luis de Sirval fué publicado en el número extraordinario publicado dedicado por el "Correo de

Con letra más pequeña

—No le dejarán decir nada — le objetamos.

—No importa... Algún día lo podré publicar. La represión debe ser algo terrible. Quiero sorprenderla ahora, en su horror. Luego, ya encontraremos medio de decir lo que ha ocurrido.

Fué la última vez que vi a Sirval. Noches más tarde, el jefe del gobierno, Alejandro Lerroux, al salir de una reunión ministerial anunciaba que en Oviedo había ocurrido algo lamentable: un periodista, no sabía exactamente si español o extranjero, había intentado agredir a la fuerza armada que se había visto obligada a matarlo. Se trataba, sin duda, de un aventurero que debía encontrarse en Asturias por fines inconfesables. Quizás fuese un espía soviético. Los periodistas preguntaron, con angustia:

—¿Cómo se llama?

—No sé... Algo así como Serol a Piral... Un nombre parecido. Acaso no sea el suyo verdadero.

Don Alejandro Lerroux era, además de jefe del gobierno, Presidente de la Asociación de la Prensa, adonde lo había elevado el turbio servilismo de algunos currinches. Don Alejandro Lerroux daba tranquilamente la noticia de la muerte de un periodista.

Cuando oí la referencia por radio, llamé en seguida a Luis Bello.

—Temo que el periodista muerto en Oviedo sea Sirval...

—Sí; yo también estoy inquieto. Me aterra que acertemos.

El muerto era Sirval. El Presidente de la Asociación de Prensa sabía, por lo menos, que "Luis de Sirval" era el seudónimo periodístico de nuestro compañero que, en realidad, se llama Luis Vigón... "Un nombre parecido. Acaso no sea el suyo verdadero".

Luis fué asesinado porque sabía la verdad. Sus notas periodísticas eran una terrible acusación. Los dramas espantosos de la represión iban a encontrar en él un historiador implacable y justiciero.

Fué su amor a la verdad lo que le condujo al martirio y a la muerte. Sirval había hecho de su culto a la verdad el fin de su vida y de su obra. Servirla hasta el sacrificio, hasta escribirla con su propia sangre, hasta lanzarla al mundo por los boquetes que en el cuerpo exánime abren las balas de una pistola de reglamento. Asesinaron a Sirval, pero la verdad de Sirval, su obra de periodista, resplandeció sobre su cadáver ultrajado.

Cuando publicamos "Política", Luis Bello y yo, mirábamos con angustia el puesto vacío de Sirval. Allí debía estar nuestro amigo y compañero entrañable. Sólo nos había dejado, impalpable y eterna, su Verdad. ~~CARLOS ESPLA~~

T, en efecto, + llamaba

+ dejan

Buenos Aires, octubre, 1940

Asturias" a la conmemoración del movimiento de Asturias de 1934. El otro artículo, publicado en "España Republicana" completa la referencia que dió el autor en su charla sobre un periódico libre, que ha dejado de serlo.